



### XXXI

**U**NA de las operaciones más atendidas y más atendibles de la mente humana es la asociación de ideas. Por ella enlazamos tiempos apartados, unimos pensamientos discordes, traemos al seno de la felicidad recuerdos de la desgracia, como á las tinieblas de la desgracia puntos luminosos de la felicidad; y evocamos en lo presente los lejanos horizontes de lo pasado, pudiendo, ya que no con el cuerpo y sus sentidos, con el alma y sus ideas, á semejanza de Dios, estar á un mismo tiempo en todas partes. Me encuentro en la Montaña de Asis, con la ciudad pontificia y municipal á mis plantas, los restos de algunos castillos señoriales á mis espaldas; el cielo claro y severo,

algo semejante al cielo de nuestro Aragón, sobre la frente; en torno, formando un círculo inmenso del color azul más subido, del color llamado de Prusia, las riscosas y ceñudas cordilleras y montañas de la Umbría que semejan olas encrespadas; y en el dilatado campo, de contrastes vivísimos, porque las claras moreras y los oscuros olivos, los rubios trigos maduros para la siega y los verdes recién nacidos maizales se juntan á cada paso en esta variada inmensidad, como naves bogando por lo infinito, la blanca rotonda romana de la Porciúncula, templo donde San Francisco de Asis se retiraba á sus meditaciones, y más cerca, á mi derecha, bajo la mano casi, los interminables claustros, las sobrepuestas iglesias, los góticos pórticos, las agujas y ojivas del monasterio, donde yace el sepulcro de ese santo en cuyas aras seis siglos han rezado y cuya personalidad histórica se agranda y se transforma, como la personalidad de su modelo Jesucristo, en el pensamiento racionalista, en la conciencia progresiva, en el espíritu democrático y liberal de nuestro siglo.

Y aquí, en tal momento, á presencia de

este espectáculo, no puedo desechar el recuerdo de Elda, del pueblo donde pasaron mis primeros años. Sus montañas no tienen ciertamente ni esta altura ni este color; sus huertas y sus campos no se dilatan y espacian de esta suerte; mas aquella vegetación meridional, elevando las palmas sobre los viñedos y los olivares, iguala y aun aventaja en hermosura á esta rica vegetación de la Umbría. Y lo que menos puede compararse ciertamente es lo que más provoca el recuerdo: la rotonda blanca de la Porciúncula con la verde rotonda de nuestra Iglesia, el gótico monasterio franciscano de este dilatado valle con el vulgar monasterio franciscano de nuestro estrecho valle. Pero ¿qué queréis? Para mí en Asis está la poesía de la inteligencia y en Elda la poesía del corazón; la humanidad y la historia surgen aquí á la manera de templo inacabable lleno de un espíritu misterioso, cuya profundidad no puede sondearse; y allí, entre las ramas de débiles arbustos, se esconde todavía el nido formado por blancas lanas enredadas en las zarzas ó por secas hierbecillas, donde se guardan en reducidos límites los recuerdos de hogar y

familia que lluvias de lágrimas no han podido anegar completamente ni destruir el tiempo con sus diarias catástrofes.

En mi infancia, cuando nos acercábamos al 2 de Agosto, y la siega y hasta la trilla se habían acabado, y comenzaban á pintar las uvas tomando claro color violeta las negras y las blancas transparencia de ámbar; en aquellas tardes calurosísimas henchidas por el chirrido de las cigarras, en aquellos crepúsculos serenos henchidos por el unísono vibrar del cántico de los grillos, celebrábase una ceremonia religiosa, una peregrinación mística, una especie de jubileo que nunca olvidaré. El convento de nuestro valle estaba á la sazón desierto. La revolución había expulsado á los frailes. Los fuertes seculares cipreses de su pórtico se perdían y secaban. Las flores de su antes cultivado jardín se sustituían con legumbres ó heno. Las tablas de sus ventanas, medio caídas, menéábanse tristemente á impulsos del viento. Las piedras de sus paredes y muros, medio sacadas de quicio, amenazaban con una completa ruina. Las campanas habían sido arrancadas á las altas torres, siempre silenciosas; el culto

interrumpido en los altares casi desnudos; y las puertas del santuario cerrándose como si fueran las puertas de un sepulcro. Algunas veces, cuando íbamos á coger brevas á una higuera cercana, asomábamos los ojos por varias rendijas y hendiduras hechas en la puerta, y á la escasa luz de solitaria lámpara, conservada por la piedad de obscuro guardián, resto viviente y animado de tanta ruina, pero triste como la cicuta y la ortiga, á la escasa luz de solitaria lámpara, decía, semejante á los ojos de siniestra lechuza en la obscuridad, veíamos algunos reflejos del dorado que se descascarillaba en las columnas, alguna sombra de los abandonados santos parecida á sobrenaturales fantasmas.

Solamente, en el 2 de Agosto, las puertas se abrían, los pavimentos se regaban, componíanse los altares como para una fiesta, las velas brillaban sobre el ara tras las flores; y en la capilla mayor una tosca pero mística escultura en madera que representaba á San Francisco recibiendo de Cristo aparecido en los aires los estigmas de las cinco llagas, juntaba en el templo á los creyentes, despertaba la fe y la esperanza, atraía las oraciones

del fondo de las almas á la inmensidad de los cielos como atraen los rayos del sol á las alturas los vapores de las bajas aguas y las bajas tierras. Nosotros, los muchachos de la familia, salíamos acompañados de nuestras madres y de nuestras tías á ganar el jubileo con aquella piedad meridional tan risueña, tan expansiva, tan humana que da al cumplimiento de los deberes religiosos y á las ceremonias del culto católico aspecto de fiesta. Desde el pueblo al convento se dilata extensa campiña, verdadero jardín. Las olivas engordaban ya; las almendras se abrían empapadas en aromática goma; negreaban las uvas; doblábanse los granados al peso de las granadas; sobre las plantas del maíz surgían los amarillentos sedosos espigones y sobre la aterciopelada alfalfa las moradas flores; los campos de anís blanqueaban como si les hubiera caído una nevada; cimbreábanse los cañamos y los linos; las puertas de las chozas lucían matizados ramilletes de don-diegos y áureos girasoles; en los secos pedregosos torrentes vibraban las sonoras cañas y florecían las rosadas adelfas. Nuestros ojos no se entristecían, no se nublaban, hasta que lle-

gábamos delante del cementerio donde descansaba nuestra abuela y una tierna niña de la familia y descubríamos las cabezas y ple-gábamos las manos y murmurábamos algunas oraciones, por cuya virtud nos parecía, ora que columbrábamos sus almas en el cielo, ora que las sentíamos venir á rozar con sus angélicas alas nuestras sienes y á depositar un mudo beso en nuestras serenas frentes. Luego seguíamos en la peregrinación, llegábamos al seráfico monasterio cercano al campo santo y rezábamos con todo recogimiento las oraciones de rúbrica prescritas por los ritos á cuantos anhelan ganar el jubileo de la Porciúncula en el día de la Virgen de los Angeles.

Al volver, la noche bajaba sobre el valle, las luciérnagas lucían en el follaje, las primeras estrellas en el cielo; y la campana que suena en las alturas para conjurar las tempestades del aire y contar los muertos de la tierra anunciaba el Ave-María saludando á la Madre del Verbo é infundiendo con sus sagrados acentos religiosas emociones en nuestro pecho. Cuántas veces, al entrar en casa, las manos llenas de flores y de frutos reco-

gidos al paso, los labios perfumados aún por las plegarias, las rodillas empolvadas en el pavimento del templo, después de haber oído contar varios pasos de la historia de San Francisco, hubiéramos dado algunos años de esta vida que ya desciende tristemente de su cenit y que entonces nos parecía eterna por visitar Santa María de los Angeles, por ver la casita de las prácticas piadosas, la cuna que recuerda Nazaret, el sepulcro del santo en Asis, lugar bendito y querido, el más sagrado en nuestro culto después del sepulcro de Cristo. Al cabo de treinta años, nuestro deseo se cumple; el cielo nos concede la satisfacción de ver estos lugares, pero ¡ay! sin las creencias de otro tiempo en el alma. La vida ha pasado de la infancia á la madurez; las facultades intelectuales han pasado del sentimiento á la razón. Creemos con arraigada creencia que el hombre, este compuesto de alma y cuerpo, no sólo tiene que cumplir fines materiales y fines temporales; no sólo tiene que obedecer leyes mecánicas y dinámicas, sino que debe cumplir también fines morales, fines eternos y debe obedecer á leyes cuya existencia im-

plica necesariamente y cuya observancia exige la profesión de estos cuatro principios capitales de toda doctrina religiosa y espiritualista: Dios y su providencia, el alma inmortal y su responsabilidad. Pero no creemos que estas ideas sean como el patrimonio de una exclusiva asociación y que para inspirarlas y difundirlas hayan sido indispensables milagros que contradicen las leyes naturales del Universo y las leyes científicas de la historia, ni condensaciones del espíritu divino en una sola persona, la cual constituya castas representativas de Dios y de su revelación como privilegiados del cielo sobre la faz de la tierra. Creemos, al contrario, que Dios nos ha dado desde el principio de los tiempos, para conocer el bien y el mal, la conciencia; para conocer la verdad y el error, la razón; que así como físicamente llevamos en nosotros átomos de todo el Universo, moralmente llevamos en nosotros los jugos de todas las revelaciones sucesivas y nuestro espíritu es el resultado de las ideas de todos los siglos, con cuyos esfuerzos y con cuyas luces y con cuyos martirios hemos logrado los bienes mayores de nuestra

existencia y el inapreciable de la redentora emancipación. Por consiguiente, toda la parte legendaria, fantástica, mitológica, que siglos de guerra, que razas primitivas, que duras épocas de hierro pedían y necesitaban para cumplir sus primordiales deberes, no lo necesitan nuestros tiempos, conocedores del bien por la pura razón, amándolo por los imperativos mandamientos de la conciencia y no por la fuerza coercitiva de instituciones mil veces transformadas en la historia y hoy caídas en irremediable decadencia.

(De los *Recuerdos de Italia*. Tomo II, 1872.)



## XXXII

**A**QUÍ, sentimientos en la vida, hogar, familia, afectos, oración en los labios, ideas en la mente, y desde el alimento que es grato al paladar, hasta la obra de arte que nos abre las puertas de lo infinito; todo esto lleva en sí, como el árbol la savia, el jugo de la tierra española. Yo quiero ser español y sólo español; yo quiero hablar el idioma de Cervantes; quiero recitar los versos de Calderón; quiero teñir mi fantasía en los matices que llevaban disueltos en sus paletas Murillo y Velázquez; quiero considerar como mis pergaminos de nobleza nacional la historia de Viriato y el Cid; quiero llevar en el escudo de mi patria las naves de los catalanes que conquistaron á Oriente, y las naves de los andaluces que descubrieron el